

LAS CATARATAS DE LOS RECUERDOS

No se qué le pasa al abuelo. Está muy raro desde que fuimos a visitarle. Hemos estado allí dos semanas y han sido unas vacaciones *súper raras*.

Me siento desconcertada y despistada al mismo tiempo pues el abuelo ya no nos llama por teléfono, ni nos pone mensajes por correo electrónico. Habla en tercera persona de sí mismo y de los demás y dice que se va al baño a cocinar. Ya no es el mismo de antes.

Mamá ha estado llamando a mi tía bastante preocupada por el abuelo. Hemos decidido hacerle otra visita el martes.

¡Estoy impaciente por verle de nuevo!

Ya es martes y estamos cruzando la calle que da a la casa del abuelo. Al recibirme me ha llamado Luisa y mi nombre no se parece ni pizca. Yo pienso que se ha confundido con mi primo que se llama Luis pues yo tengo el pelo corto.

Ha tenido que cocinar mi papá cuando siempre ha cocinado el abuelo.

Por las tardes el abuelo y yo siempre jugábamos al fútbol. Así



que se lo he propuesto. Me ha contestado con un empujón y se ha dado la vuelta. Yo me he sentido decepcionada. No sabía que el abuelo estuviera de

mal humor. Durante la merienda no me ha dirigido la palabra. Ni ha hablado de cuando será la próxima vez que iremos a pescar juntos.

Siento que el abuelo ha dejado de quererme.

Se lo he contado a mamá a la hora de cenar y me ha dicho que no es que no me quiera, si no que, está enfermo y tiene Alzheimer. Me ha explicado también que es una enfermedad que te hace perder la memoria y olvidas las cosas mas recientes. ¡Ahhh!

Ahora entiendo por qué el abuelo habla de sí mismo y de los demás en tercera persona, y por qué me ha llamado Luisa, y por qué no ha querido jugar conmigo al fútbol. Siento que el abuelo lo ha estado pasando mucho peor que yo.

Mamá ha interrumpido mis pensamientos hablándome de que el abuelo se vendrá a vivir una temporada a casa y que tengo que ayudarle a recordar...

Esta noche no he podido dormir de la emoción. No he parado de pensar en lo



bien que nos lo pasaremos. Pero se me ha quitado el entusiasmo al pensar que el abuelo lo está pasando mal. Me he dormido.

A la mañana siguiente me despertó papá al subir la persiana de mi cuarto. Papá me preparó el desayuno y me ayudó a hacer los deberes, pues mamá estaba preparándole la maleta al abuelo. Una vez estuvo todo listo nos montamos en el coche. Tardamos dos horas en llegar y, en esas dos horas, el abuelo no dijo ni una sola palabra. Me resultaba raro que el abuelo estuviera tan callado. Normalmente era la alegría de la huerta y ahora parecía la persona más amargada del mundo.

Estaba preocupada por él.

Cuando llegamos, el abuelo no sabía donde estaba ni cuál era nuestra casa. Entramos. Mamá lo condujo al salón, y se sentó en una silla. Yo fui corriendo a



por folios, pinturas, tijeras y lápices. Tenía una idea en la cabeza genial. Regresé al salón con el abuelo. Empecé a recortar dibujos y a escribir el nombre de todas las habitaciones de la casa y de los objetos. Cuando terminé los pegué en su sitio correspondiente. El abuelo tenía que ir al baño y se fue andando hasta la cocina. Al ver el cartel se quedó mirando las demás habitaciones y leyó

(aunque difícilmente) el cartel que ponía **baño** y entró dentro. En ese momento me sentí orgullosa del abuelo y de mí. ¡Por fin había logrado ayudarlo!

Después de comer el abuelo se sentía más alegre. Empezó a olvidarse de que estaba enfermo de Alzheimer.

Una tarde le propuse un juego. Le vendé los ojos con un pañuelo y lo conduje al estanque del parque cercano a nuestra casa. Tiene un pequeño bosque con animalillos. Al llegar le quité la venda y el abuelo me miró sorprendido. Nos subimos en una de las barcas del estanque. Saqué la caña de pescar y un álbum.

-¡Es un álbum mágico!- susurré. Y lo puse en las rodillas del abuelo. Sentí que nos trasladábamos a otro mundo. Me gustó aquella sensación. Era como estar solos el abuelo y yo y... ¡BOOOOOM!

De repente, la barca del estanque se elevó en el aire como por arte de magia. Cerré los ojos, junto al abuelo. La barca comenzó un largo viaje...

Llegamos a unas cascadas súpergrandes, parecían infinitas. Leí un cartel que decía: **Bienvenido/a a las cataratas de los recuerdos**. Justo en ese momento se empezaron a reflejar en las cascadas fotografías de mi vida y de la del abuelo.

De cuando él era pequeño, y sobretodo de cuando aún no estaba enfermo. Estuvimos allí mirando un buen rato los recuerdos sin tener la noción del tiempo.

-¡A merendar!- Oímos que decía la voz de mi madre. Pero... ¿de dónde venía? Nosotros estábamos en El país de los recuerdos... ¿Cómo era posible?

Al final me acordé de cómo habíamos llegado hasta allí. ¡A través de la barca del estanque! Busqué al abuelo. ¿Dónde estaría? No era un buen momento para jugar al escondite, pensé. Pero enseguida recordé que el abuelo tenía Alzheimer y que se perdía con facilidad. Lo llamé y lo llamé pero no aparecía. Yo estaba muy nerviosa. Encima, para colmo, la voz de mamá sonaba cada vez más enfadada. ¡Ay! No sabía que hacer.

Por fin ví al abuelo caminando tranquilamente con un corderillo en brazos. Corrimos a toda velocidad hacia la barca. Llegamos justo en el momento que se elevaba. Pudimos saltar dentro.

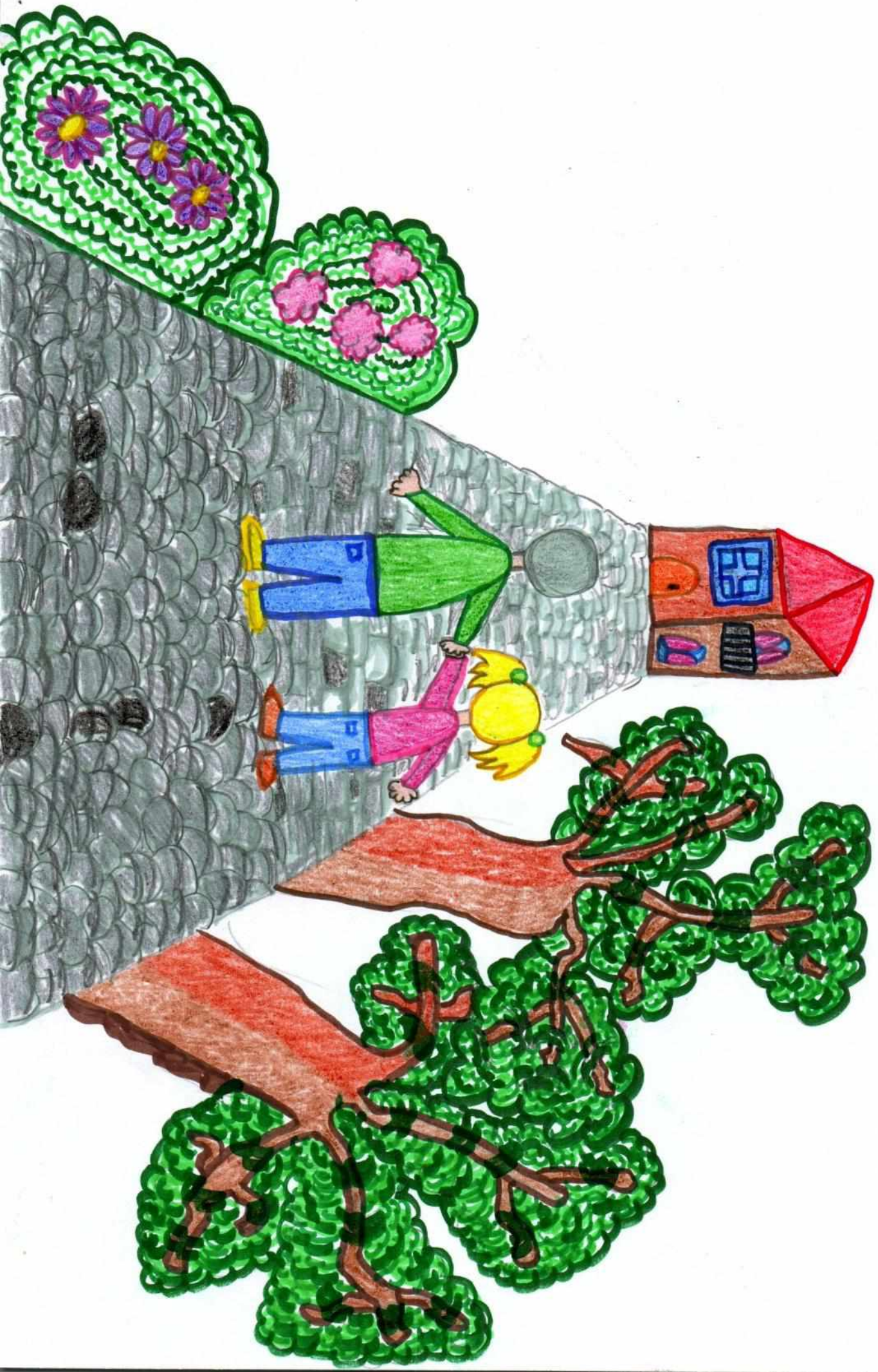
Salimos del estanque y nos dirigimos a casa. Mamá estaba ya alteradísima. No nos encontraba por ninguna parte. Llamamos al timbre una y otra vez. Por fin mamá se tranquilizó.

Nos sentamos todos en la mesa del salón a merendar y ocurrió algo que nunca hubiera imaginado. El abuelo sonrió. Y esa sonrisa se convirtió en una carcajada y esa carcajada se convirtió en un abrazo que me dio a mí.

Sentí que era el mejor abuelo del mundo con diferencia.









ESCALERA

SOFA

MESA

BALÓN

SIU

TAZA

DUCHA

